

PRECIOS

| MADRID | |
|------------------|--------|
| Tres meses.. | 9 rs. |
| Seis id. | 16 » |
| Un año. | 30 » |
| PROVINCIAS | |
| Tres meses.. | 10 rs. |
| Seis id. | 18 » |
| Un año. | 34 » |

NÚMERO SUELTO, DOS CUARTOS.

DIRECCION,

Plaza de Matute, núm. 2.



PRECIOS

| EXTRANJERO | |
|---|--------|
| Tres meses.. | 22 rs. |
| Seis id. | 38 » |
| Un año. | 74 » |
| Francia.—Pueden hacerse las suscripciones enviando á esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. | |
| Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de O'Reilly, núm. 54. | |
| AMÉRICA | |
| Seis meses.. | 38 rs. |
| Un año. | 70 » |
| FILIPINAS | |
| Seis meses.. | 60 rs. |
| Un año. | 100 » |

ADMINISTRACION,

Plaza de Matute, núm. 2.

COSAS DEL DIA.

Si yo fuera rey, Dios me libre de semejantes trabajos, estaria dado á todos los demonios, si mi enrevesada suerte me hacia estar á merced de un gobierno progresista, rodeado de palaciegos progresistas, y admirado y ensalzado y piropeado por gente progresista.

No me atreveria á salir de casa, ni á convidar á nadie, ni á ir á ver una comedia, ni á dar una limosna; no me atreveria á nada, ¡vamos! pensando que habian de cogerme al menor descuido los progresistas por su cuenta.

Sugierenme estas reflexiones las relaciones que leo en los periódicos acerca del viaje de la corte por las provincias de Valencia y Cataluña.

Estos progresistas, tan liberalotes y tan demócratas, vienen á ser, cuando les dá por ser monárquicos, es decir, cuando ellos mandan, mucho más adúladores que aquellos á quienes llamaban ellos servilones.

Los detalles que del viaje insertan los periódicos de la situacion son deliciosos:

«Que dió la mano á un sencillo aldeano.»

«Que hizo en el acto cabo primero á un cabo segundo.»

«Que preguntó por la familia á un republicano, y el republicano agradeció mucho tal prueba de interes.»

«Que le largó á un torero una petaca con una onza.»

«Que probó el caldo del hospital.»

Y á este tenor, no hay quien les vaya á la mano.

Todos esos actos tienen su mérito, ¡vaya! sobre todo para los progresistas, que no parece sino que se asombran de que una persona sea bien educada y haga lo que no tiene nada de particular; pero para mí hay un mérito superior á todos esos, una prueba de resignacion, bondad y paciencia superior á todo encarecimiento, que consiste en hacer un viaje traído y llevado por progresistas.

Si yo fuera rey, no podria sufrirlos, y á estas horas ya les hubiera dado esquinazo y me habria ido á un desierto por donde ni uno siquiera hubiese pasado.

Lo que yo quiero ver es el monarquismo de estos progresistas cuando caigan del poder y estén unos cuantos años sin ser llamados, cosa que no podrá menos de suceder, ó no habrá justicia en la tierra. Entónces verán ustedes qué monárquicos son.

Dejémosles por ahora entregados á esas ovaciones, á esos triunfos que les preparan las Tertulias progresistas, mientras en la sombra les están preparando sus amigos los unionistas la red en que les han de coger para echarlos fuera del presupuesto, lo cual será accion meritoria, aunque la ejecuten unionistas resellados, que son otra calamidad, no agraviando lo presente.

Ya están ahí los politiquillos.

Ya han vuelto de los baños los unos, los otros de darse una vuelta por el extranjero, los otros de probar fortuna en la ruleta, y otros de los distritos donde fueron elegidos, para tantear á los electores en la prevision de unas nuevas elecciones.

Todos vienen dispuestos á hacer la felicidad del pais, cuya felicidad la consideran hecha en el momento en que ellos tienen buen sueldo y han colocado á todos sus parientes, bienhechores y testamentarios.

Ya están impacientes los que son diputados porque se abra el casino de la plaza de Cervantes, y empiecen aquellas interesantes sesiones en que unos á otros se ponen de vuelta y média, y luego se dicen que no quisie-

ron ofenderse y que todos son unos caballeros, y el pais espera en vano un año y otro que éstos, aquellos ó los de más allá, le dejen vivir en paz y prosperar un poco si quiera.

Pero sí, sí, el pais tiene que esperar sentado esos beneficios.

Todos le prometen hacerle dichoso, y lo que hacen es agravar sus males, y así va pasando el tiempo, y gracias si pasa sin tiritos y otras barbaridades.

En la próxima temporada promete ser curioso el espectáculo. Los unionistas van á marear á Ruiz Zorrilla, y no darán poca ocasion los famosos puntos negros, que, á juzgar por lo que dicen los periódicos, siguen todos en sus puestos, á pesar de que el gran carácter de Tablada los iba á exterminar apénas entrase en el poder.

En fin, lo que fuere sonará, y no hagamos juicios temerarios.

Ya se acabó el verano, y quedan las playas abandonadas hasta el año próximo.

Ya han vuelto casi todos los trenes de recreo, y los padres y maridos, aunque ha hecho tanto calor este verano, se han quedado tiritando.

Este es el efecto que hace el verano en los bienaventurados padres y en los pacienzudos y admirables maridos, que Dios guarde.

Pero á bien, que si en el verano se han visto en poder de fondistas sin conciencia ó de patronas implacables, en cambio en el próximo invierno no tienen que satisfacer más que las novedades que la moda presenta en la calle de Espoz y Mina, y los recibos de abono de los diferentes teatros de Madrid.

Con un turno de palco en el Real, otro en el Circo, donde están Matilde Diez y Manuel Catalina, otro en la Zarzuela y otro en el Español, ya tiene un marido contenta á su mujer y un padre puede ufanarse de que sus hijas no se quedarán sin colocar porque no las vean: y con esto y un traje cada semana para lucirlo en los cuatro teatros una vez, ninguna señora ó señorita exige más.

Los teatros van á estar este año brillantes.

Esto es lo que se dice al principio de toda temporada, y luego suele suceder lo contrario.

Se anuncia gran número de obras con sus títulos y todo, de las cuales sólo verá el público unas cuantas, porque las demas, ni están hechas, ni se harán. Todos los autores tienen siempre cuatro ó cinco títulos de comedias que piensan hacer, y esos títulos se los dan á las empresas al comenzar la temporada, para que éstas los pongan en el cartel.

De las obras anunciadas se representan tres ó cuatro, y los títulos de las demas vuelven á figurar en el cartel de la temporada siguiente.

El oficio de autor de comedias se va haciendo cada vez más difícil, y lo mismo le sucede al de actor. En cuanto á comedias, ningun autor dramático puede competir con los politiquillos, y ningun actor puede echar la pata á los actores de la escena politica; los cuales manejan todos los géneros con sin igual maestría desde el género bufo al género tonto inclusive.

Y aqui doy punto, y me despido de Vds. hasta el domingo. Si algo se les ofrece, en Trillo me tienen ustedes dispuesto á servirles con mucho gusto y fina voluntad.

CONVERSACION.

—¿Y qué hay de eso, D. Patricio?

—¿De cual?

—De lo del presidente del Congreso; porque ha de saber V. que la politica es una cosa tan enrevesada, que para saber si los progresistas hemos de ser *echaos pa alante ó pa tras*, tenemos que esperar á ver de qué color politico son los faldones de la levita que ha de oprimir liberalmente los muelles de la silla de la presidencia del Congreso de los diputados de la nacion.

—Y dígame V., aunque sea mal preguntado, ¿qué faldones son los que están en alza?

—En primer lugar, los de Sagasta, amigo D. Braulio.

—Ese, ese es de los nuestros. Cuando se trata de hacer la oposicion mucho clamoreo de quinto acto, y cuando tocan á mandar, libertad de sainete.

—Segundamente, los de Martos.

—¡Ay! calle V., D. Patricio, que me entran unos mareos democráticos, que me privan el juicio. ¿Cree V. que los del partido votarán á un presidente tan acaramelado?

—¿Y cree V. fácil encontrar un diputado, por muy terne que sea, capaz de reirse en las barbas de un presidente así?

—Hombre, no lo dije por tanto; prosiga V.

—Y por último, parece que se piensa en D. Nicoláz.

—¿Rivero?

—El mismo.

—Nos cayó la casa á cuestras. Con ese personaje en la presidencia, vamos á ser los progresistas hombres al agua. D. Nicoláz querrá echarlas por la tremenda; mucho de derechos individuales y poco de aquello que nos gusta á los liberales viejos, garrotazo al enemigo, y tente tieso.

—Y á todo esto, ¿qué dicen nuestros diputados, esas lucernas parlamentarias?

—Estos van por la derecha, amigo. Figúrese V. que tratan nada ménos que de coger el tren, y marchar en él, y presentarse en Logroño, y preguntarle al duque si sabe por dónde y con quién anda el partido de la *percalina riega*, y como se descuide el buen señor en decir que éste ó el otro tienen el partido metido en los faldones del frac, se va á armar un zipizape que ya le quiero á V. un recado; pero segun oi ayer á un camarero de La Iberia, que sirve á unos correligionarios de los de tomo y lomo, parece que el señor duque no quiere saber una palabra de estos embrollos, y contestará á la comision diciendo que el que la armó que la desarme, y que el partido estará siempre donde está de algun tiempo á esta parte, es decir, con los que distribuyen los destinos, organizan los banquetes y dan de comer al hambriento, y Cristo con todos.

—Para servir á V., doña Celedonia. ¿Y el pariente?

—¡Ay! cálese V. por Dios, que ese condenado me va á matar á disgustos.

—Pues ¿qué hace?

—Nada, que se ha metido en esa compañía ó cuadrilla, ó lo que sea, que se llama *La Internacional*, y no hay quien le haga trabajar ni una hora siquiera. Mire V., ahí está todavia una bota de una señora de la situacion, que tiene que echarla un remiendo.

—¿A la señora?

—No, á la bota. Es poca cosa, media suela y unos descosidos... pues ahí está muriéndose de risa la bota, como el dia que la trajeron.

—¿Ganará por otro lado?...

—No, señor, ¡qué ha de ganar! El siempre vuelve á casa con un humor de todos los diablos, diciendo que ha de hacer y acontecer, y que no necesita trabajar, porque muy pronto vamos á ser todos ricos, y por más que yo le digo que se acaban los ahorros, se cruza de brazos y se va á la reunion, y lo que es peor, ahora se ha ido á Barcelona.

—¿A qué?

—A aconsejar á los obreros que hagan lo que él, y se crucen de brazos.

—Pues no hay duda que será un espectáculo bonito ver á los obreros de España todos con los brazos cruzados, como diciendo: «¡Eh, caballeros, reparen Vds. los salerosos que estamos en esta postural!»

—Eso digo yo, pero él asegura que sólo declarándose en huelga los trabajadores, podrán adquirir mejor posición.

—En efecto; siempre se había dicho que era preciso trabajar para comer, pero ahora es otra cosa, y... mire V., doña Celedonia, si eso fuera verdad, ya no volvía yo á machacar más hierro en mi herrería, porque eso es machacar en hierro frío.

—Pero ¿no conoce V. que eso es imposible?

—Así lo creía; pero ahora creo que el ejemplo del marido de V. me va á convertir, y me voy á cruzar de brazos, á ver si de este modo encuentro el dinero que necesito.

—Vamos, no se pervierta V., que V. siempre ha sido muy buen obrero, y sería lástima.

—¿Qué lástima ni qué ocho cuartos! Mañana me declaro en huel... ¿qué?

—Huelga...

—Hombre, es bonita esa palabra y huele bien. Pues lo dicho; me declaro en huelga, y si quiere V. verme, no tiene más que ir á la Puerta del Sol, y allí me verá usted junto á una esquina, y cruzado de brazos como el mejor de mis compañeros.

—Le van á tomar á V. por alguno de los de orden público.

—Tiene V. razon. Ya lo ve V.; hasta los miembros del gobierno nos dan el ejemplo. Todo Dios se cruza de brazos. No había yo reparado en que es una ocupacion muy cómoda, y sobre todo, si así ha de venir la fortuna, como dicen los de *La Internacional*, mejor que mejor.

—Está V. disparatando.

—No sea V. tonta; ya verá V. cómo su pariente y yo volvemos pronto hechos unos potentados.

—¿Se va V. á Barcelona también?

—También. El gobierno no ha de impedirlo, porque otros van y no les dicen nada.

—¿Y si los cogen á Vds?...

—No hay cuidado. Yo voy, porque ya que me resuelvo á entrar en esa asociacion, quiero que me expliquen lo que tiene uno que hacer despues de cruzarse de brazos, porque si tras de hacer esto no me convierten en millonario, la cosa no tiene gracia.

—Lo que ha de hacer V. es venirse con mi marido y volver á trabajar.

—El trabajo es humillante, doña Celedonia. Nada, ya verá V. qué pronto nos paseamos en coche por la Castellana.

—Adios, doctor.

—Para servirle, compañero.

—Tenia ganas de ver á V. para darle la enhorabuena.

—De todo hay, Sr. de Perez.

—Pues ¡cómo! ¿No es V. médico de una casa de socorro?

—Y socorrido que es el empleo; verdad es que ya estaba harto de comerme los codos, sustancia poco nutritiva, con esto de ver si subian los míos ó bajaban los de otros, que todo viene á ser lo mismo; pero le aseguro á V. que ya me ha caído que hacer, y que se puede perdonar el bollo por el coscorrón.

—Mire V. qué demonio; y yo creía que desde la creacion del orden público ribeteado de amarillo, y desde la limpia de cierta clase de pajarracos nocturnos, llevada á cabo en nombre de la moralidad, estarian Vds. mano sobre mano...

—¿Que si quieres! Cada día hay mayores desgracias que lamentar, ó lo que es lo mismo, piernas que cortar, boquetes que coser y contusiones que bizmar. Tan pronto entra por la puerta del establecimiento un mozo á quien acaban de dar en la ronda una navajada, como un borracho magullado, como una anciana atropellada por un coche; aquello es el cuento de nunca acabar.

—Paciencia, doctor, que en todas partes cuecen habas. Yo le aseguro á V. que desde que han empezado á circu-

lar estos malditos trenes que llaman de placer, apénas pasa día sin que tenga que coger las herramientas y salir por esas vias de Dios á componer costillas de viajeros placenteros.

—Desengáñese V., amigo, la civilizacion, la civilizacion es la causa...

—La civilizacion, no; pero la apatía de los gobiernos y de las empresas, es la que nos hace andar de cabeza.

—Hombre ¡tú por aquí? Creí que estabas fuera.

—No, pero como nos han cerrado la casa de juego.

—Ah, ya. Allí pasabas el rato.

—Sí, hombre; y ¡decían que había libertad! Figúrate que siempre habíamos jugado con la mayor tranquilidad y que ahora ese Sr. Mata nos ha matado...

—¿Pero es cierto que os persigue de veras?

—Ya nos han sorprendido tres veces y el dueño está preso.

—¿Y tú?

—Yo me pude escapar, pero reniego de la libertad si ha de ser así.

—Nada, chico, haz lo que yo... *afana* por ahí lo que puedas y procura que te lleven al Saladero. Verás allí cómo te diviertes y te haces rico.

—Ya había pensado en eso, pero también se ha metido allí el gobernador y parece que ya no se hace nada de provecho.

—¿Vaya con el gobernador!

—No ves tú que como es médico dicen que quiere curar las llagas sociales.

—Pues entonces, habrá que buscarse la vida de otro modo. ¿Te vienes?

—¿Dónde?

—A provincias. Aquello debe estar por explotar.

Realmente es digna de elogio la actividad y el celo que demuestra el Sr. Mata en la persecucion de las casas de juego y demas sitios donde se fraguan, al decir de las gentes, muchos proyectos criminales.

Siga así el Sr. Mata y tendrá nuestro aplauso y el de todos los hombres honrados.

DESDE LA CUNA A LA FOSA,

POR
PASCUAL DE LA CALLE.

(Continuacion.)

LA MATERIA.

Despierta infeliz criatura,
que en hondo caos te suspendes,
y osada tu vuelo emprendes
sin cielos donde volar;
la tierra es placer y lodo,
y en este mundo en que estamos,
si para vivir gozamos,
vivimos para gozar;

y el goce, cuyas raices
oculta el mundano suelo,
no dá su fruto en el cielo
para recogerle allí:
como el árbol de la dicha,
cuyo fruto al Sol reclamas,
tampoco sus verdes ramas
deja bajar hasta aquí.

Nunca la humana codicia,
logra, al morir la criatura,
llevarse á la eterna altura
dichas de humano arrebol;
pues si es loco que confies
subir el mundo hasta el cielo,
¿cómo pretende tu anhelo
bajar á la tierra el Sol?

Despierta criatura, y mira
con cuánta ansiedad te ofuscas,
con cuánto delirio buscas
venturas de un ideal,
donde sedienta de goces
yo solá impero y domino.
¿Puede dar fruto divino,
ninguna planta mortal?

Despierta pues, y no sueñes
en cielos que no conoces,
donde te impulsan veloces
las alas del frenesí.

Despierta presto, criatura,
que ante mi voz te acobardas:
¡ay de ti, si mucho tardas!
¡ay de ti!

EL ESTÍO.

¡Placer!

Cae repentina desde el caos la tarde;
poco á poco al ocaso el Sol desciende,
y el ancho suelo que en sus rayos arde,
con roja faja el horizonte enciende.

Corre en tanto su velo noche oscura;
y al dormirse cansado el diurno estruendo,
van la tierra, la vida, y la criatura,
lentamente á la vez languideciendo.

Silencio sepulcral no interrumpido
sofoca con sus alas inpalpables
la blanda queja, el mundanal ruido,
y olvidando sus bienes deleznales

sobre lecho de espinas ó de flores
al cansacio el mortal los ojos cierra:
sólo el crimen, la angustia y los amores,
se deslizan despiertos por la tierra.

De pronto luz y música sonora
llegan en brazos del albor traídas,
sorprendiendo al salir, la alegre aurora,
vida, creacion, y humanidad dormidas;

y en su carro de luz, triunfante pasa
del mundano rumor llevando el peso,
y otro sol tras de aquel, la tierra abraza
con el calor de su amoroso beso.

Tal así la ilusion vasa y retorna;
tal así los delirios de la mente,
tras de un sol otro sol viste y adorna
con diadema de rayos esplendente;

y á un afan otro sigue y otro alcanza,
y otros mil los delirios nos dibujan,
y una dulce ilusion y una esperanza
con el ardor de la ansiedad se empujan.

Tal la mente, que dulce Paraiso
forjóse ayer en su amoroso anhelo,
y hoy le cortan sus alas de improviso
los desengaños, en mitad del vuelo,

sacudiendo el asombro en que le hundiera
la realidad de sus delirios, pronta
vuelve á los sueños, siguese altanera,
y á otro cielo de amor su afan remonta.

Mas ¡ay! que ya, cuando el ardiente estío
de la existencia abraza, á la criatura
y á la hermosa ilusion, y al desvarío
les suceden la sed, la calentura,

y á la fe y la esperanza celestiales
el desengaño los raudales prueba,
enturbiando su boca esos raudales
para que en ellos la ilusion no beba;

y abatido á la sed vaga al destino
el mortal infeliz con ansia loca
sin hallar limpio arroyo en su camino
que temple el fuego de su ardiente boca;

y el vicio ante sus ojos pone lleno
para que beba en báquica molicie
su engañoso pantano, cuyo cieno
nunca sale á la clara superficie;

y al amor pide en lágrimas sumido
que le aplaque esa sed que le amilana,
y amor le lleva hácia el Eden perdido,
donde rueda mordida una manzana,

y asombrado, por fin abre los ojos,
y en vez del ángel que en el alma lleva,
sólo advierte entre espinas y entre abrojos
la imágen ¡ay! de nuestra madre Eva;

que es aquella mujer, copa dorada
donde los labios á libar propenden;
donde la voz, el beso, la mirada,
con nueva sed á la criatura encienden...

Entonces ¡ay! arrebatada y loca,
turbias, de la ilusion las claras fuentes,
¡que mucho que á su sed busque su boca,
de los goces las mágicas corrientes!

¡Que mucho, que al morir su dulce calma
con los encantos del amor, perdidos,
presa en mudo pesar, callando el alma
se oiga sólo la voz de los sentidos!

¡Que mucho, que al romper la mente el vuelo
tras del afan que su ilusion encierra,
cuando pierda las alas caiga al suelo,
y en su ardiente ansiedad muerda la tierra;

y al volver de su lánguido estoicismo,
seco ya el corazon, muerto en el todo,
se encuentre sepultado en un abismo
revolvándose en charcos de agua y lodo;

y á su propia fatiga sucumbiendo, cuando deje el pantano nausebundo, vague solo y errante, sacudiendo su asqueroso ropaje por el mundo;

y al dejarle que tronche y que desgaje sin que nadie á su paso ponga un dique, sacudiendo en el mundo su ropaje la hermosa faz de la virtud, salpique;

y otro sér revolcándose en el cieno, salpicando á otros mil, vaya sin tino!

y el mundo en tanto de placeres lleno suelta la risa y sigue su camino.

Transida el alma de frio, y hecho el corazon pedazos, duerme el hombre entre los brazos de su abrasador Estío.

Sueños de rara hermosura preso en sus gasas le tienen, visiones que van y vienen le forja la calentura; y arrebatado á merced de impulsos desconocidos, vida, esperanza y sentidos siente abrasarse de sed. Raudal de ondulante plata que su corriente desliza por campos que esteriliza y el fruto les arrebatara, ve en el sueño la ansiedad detenerse murmurando, sobre el cristal retratando las formas de una beldad; y envuelto en el frenesí que calma y razon le pisa, su irresistible sonrisa la va llamando hácia sí.

La ardiente sed que le aloca, y el dulce sueño engañoso, de aquel raudal misterioso llévanle el agua á la boca. Pero bien presto lamenta que es ficción de su deseo; mentira del devaneo que un cielo de amor le ostenta, cuando ve con la cruel realidad que el sueño pierde, la mujer que así le enciende deslizarse huyendo de él.

(Se continuará.)

EL RELOJ DE LA EXISTENCIA.

(Conclusion.)

Cuando no lo encontraba tenía libres las veinticuatro horas; las quince diarias de afanes las empleaba entonces en desesperarme; las siete que habia de destinar al sueño, acometido del insomnio de la miseria, las ocupaba en el plural de aquel, es decir, en *sueños*, en que veía riquezas, pero sueños que no se realizaban: las dos horas restantes me servian para comerme los codos, única cosa de que podía disponer.

Y llegó á los veintidos años, entre días de abundancia y días de miseria, que para mi cálculo son iguales: no me ha quedado de ellos una hora de verdadera felicidad; vivir agobiado por el trabajo ó por la inopia me daba el mismo resultado.

Fui mayor de edad, y la suerte me hizo vislumbrar una era de ventura. Una noche que me aburría en una butaca del teatro, tropecé con unos ojos negros.

No habia pensado bien en el gran efecto que en un mortal hacen los ojos de una mujer, me revolví en el asiento como galvanizado, y clavé mis ojos azules en aquellos ojos negros; el espectáculo cambió para mí de localidad: todo el interes dramático de la función se reconcentró en el palco que ocupaba la dueña de aquel par de ojos que me sacaron de mi inercia.

Nunca me tuve por buen mozo, pero sin explicarme el motivo, aquellos ojos no me abandonaron en la hora que tardó en concluirse la función.—Esta tuvo su término; salió la niña del palco: sali detras hasta dejarla en su casa.

Aquella hora me consideré feliz; la apuntaré en las cantidades positivas, aunque despues amo á Joaquina dos meses y sufrí tormentos tales que renegué del amor.

Joaquina me dejó por unas patillas negras, y yo la dejé por unos ojos verdes.

Mucho tiempo perdí con las mujeres. Una noche fui á

un baile; ¡ay! allí conocí á Romana: esta Romana era mi media naranja. Siendo hermosa y rica me pareció el ideal de mis ensueños.—Cuando me correspondió sali á la calle buscando aire para mis pulmones. ¡Me ahogaba la felicidad!

Aquel minuto que pareció abrirme las puertas del paraíso, me abrió las puertas del infierno... ¡porque me casé con Romana!...

Tuve desde aquel dia una casa y lujo y dos carruajes, pero tuve tambien una suegra; ¡y qué suegra! Vivió conmigo, ó yo con ella, y estuve como el marido que cita Quevedo: *en mi suegra preso*.

El destino fatal me robó á Romana á los dos años de matrimonio y me conservó á mi suegra.

No teniendo hijos, la fortuna de Romana pasó á su madre, y esta me persiguió todavía para atormentarme.

Corolario del matrimonio: no tuvo más que un dia feliz: el dia que me casé.

Huyendo de mi suegra, me lancé á correr por el mundo en pos de mi mala suerte, y viajé diez años, sin que los vuelcos, los naufragios, las malas posadas, los robos y demas emociones de los viajes me hayan compensado del gusto de ver las calles y casas de ciudades con distintos nombres.

En Roma recibí una carta en que me participaban la muerte de mi suegra, llamándome para recoger un legado.

¡Mi suegra! ¡Ni al morir me habia olvidado!

¡Corri!... ¡Mi suegra me habia dejado una cotorra que Romana queria mucho!

¡Hasta despues de muerta tuve que echar pestes contra ella!

La cotorra habia aprendido á llamar á mi suegra por su nombre y estrangulé á la cotorra.

A los cuarenta años, me cayó el premio grande de la lotería; ¡toqué al fin la felicidad! ¡qué cuarto de hora!

Pero al momento me desveló la riqueza y viví insomne, creyendo siempre que me robaban mi fortuna.

A los cincuenta años me acometió la gota, que me ha regalado cuatro lustros de crueles padecimientos.

Voy, pues, á restar; quito siete horas diarias de sueño, que no es vivir, y dá mi existencia la siguiente suma que considero como mi única felicidad.

La hora de la pesca de la peluca de mi maestro.

La otra hora en que se incrustraron mis ojos en los de Joaquina.

El segundo que tardó Romana en darme el sí.

El dia que me casé con ella.

La media hora que gocé al leer cien veces la carta en que me anunciaban la muerte de mi suegra.

El minuto de fruición que tardé en estrangular su cotorra.

El cuarto de hora en que ví la lista de la lotería y cobré el billete.

Total: un dia, dos horas y tres cuartos, un minuto y un segundo.

¿Y ha vivido un hombre setenta años para haber sido feliz solo ese tiempo?—Confiese el género humano que tan penoso viaje bien valia mayor recompensa.

Post scriptum.—Sólo me consuela la idea de que cuando llegue la hora de mi muerte no vendrá mi suegra á gozarse en mi agonía.

Como no he cometido ningun pecado y soy buen cristiano, espero ir al cielo. Soy bueno por instinto, pero lo sería por no encontrarme con mi suegra en el infierno.

III.

Aquí acaba, Cárlos, el manuscrito.

Si te crees desgraciado, si quieres apreciar la felicidad, imita á mi amigo y saca la cuenta de las horas que constituyen *la esencia* de tu vida.

TEODORO GUERRERO.

CARTA DE UN COMUNERO A SU NOVIA.

Ciudadana dos mil cuatro;

Salerosa sevillana;

Te quiero más que á mi vida;

(No digo más que á mi alma,

Porque eso es cosa de viejos

Y de gente de sotana,

Y para mí sólo existe

En *alma-zarron* y *Alma-nsa*.)

Ya sabes lo que me gustas,

Y que no ando por las ramas

Como andaban mis abuelos

Y nuestros padres andaban.

Hoy, que la *Commune* invicta Confunde bienes y castas; Hoy que todos *semos* unos, Y ni el alcalde hace falta Para unir dos corazones Que se ven y se idolatran, Espero que te resuelvas Y vengas pronto á esta casa, Donde serás mi costilla, Mi mujer, mi ciudadana, Hasta que tú te fastidies O encuentre yo otra muchacha. No habrá celos ni disgustos, Tú harás lo que te dé gana; Si ves á un mozo y te peta Yo nunca te diré nada; Ahora son todos de todas Y todas de todos, ¡vaya! Yo tambien haré lo mismo, Y á vivir y santas pascuas. Lo demas es un absurdo, La familia una antigualla, La propiedad es de todos; Libres *semos*, nadie manda; Si tenemos hijos... fuera... La *Commune* los amamanta. Y así, no teniendo lazos Ni siquiera en la corbata, Viviremos como bestias, Que, segun dicen en Francia, Son el ideal más bello De toda la especie humana. Tú libre, yo libre, él libre; Sin Dios, sin ley y sin patria. ¡Falta dinero? el vecino Dará cuanto me haga falta. No habrá curas, ni habrá iglesias; Ni alcaldes ni salvaguardias... Y pues ya sabes mi intento, Y conoces bien mis ansias, No retardes ese instante, Ven á ser mi esposa amada; Que si hay otros (gente nea), Que *por lo civil* se casan, Yo, como más ilustrado, Te ofrezco boda más sana... *Por lo natural*, que es bueno Porque es *natural*, caramba. No digas que esa señora, A quien madre siempre llamas, Te niega el permiso... ¡cómo? Ya el permiso no hace falta; Y si acaso se opusiera, Ya verás cómo se calla Cuando la *Commune* la juzgue Por nea y reaccionaria. No olvides que yo te adoro Más que á la *Commune*, no es guasa, Porque tienes una boca Y unos ojos y una cara, Que me han puesto más quemado Que el palacio real de Francia. Adios, pues, y hasta que envíes Contestacion á esta carta; Las señas, si no te acuerdas, «Al número 1.000, en Triana,» Tuyo por ahora, si quieres, Salud, *Commune*, y ¡Sarasa! Si te regaña tu madre, Petróleo al canto, y que arda.

RICARDO SEPÚLVEDA.

(Del Almanaque Hispano-Americano.)

CASCABELES

El mal ejemplo produce efectos desastrosos. Ya no sólo se roba en las ciudades y en los caminos. El otro dia leí en *La Correspondencia* que las aguas se llevaron un puente que hay entre Huesca y Tardienta. ¡Si no podia menos! ¡Oh, tempora, oh, mores! Sabe Dios lo que habrán hecho las aguas con el puentecito.

Se queja la gente de que se vende la carne falta de peso y con mucho hueso.

Por Dios, señores carniceros, que ya tenemos bastante hueso que roer con la situación.

El teatro frances continúa en una horrible decadencia. Ni una sola obra importante se representa; en cambio

